

## II Concurso de Relatos Breves Centro Comercial Abierto Teruel

Categoría Sénior

### **Poderes mentales**

A Pablo jamás se le dio bien ninguna actividad relacionada con el ejercicio físico. Ya de niño, a su nula inteligencia espacial le dio por asociarse con un alto índice de siniestralidad, lo que propició que en un corto espacio de tiempo adquiriera un catálogo de caídas y golpes digno de engrosar un vademécum. Sin embargo él persistía en su empeño por jugar al fútbol ya que, a su infantil modo de entender, el deporte rey era lo único que podía satisfacer su deseo de formar parte de un grupo, lo que equivalía a ser aceptado por la tribu. La alternativa se asemejaba a habitar una especie de destierro habilitado en una esquina del patio de recreo del Colegio Público Ensanche, donde un puñado de niños tildados de raritos solían almorzar tranquilos sin temor a que el matón de turno se metiera con ellos. Por eso, a pesar de su nula pericia con el balón, Pablo desdeñaba los pelotazos en la cara, las rodillas peladas y los remiendos del pantalón. Su madre, como era de prever, ironizó durante una de las curas con la intención de salvaguardar la integridad física de su hijo.

—Pablo, cariño; has de tener más cuidado, de lo contrario el gasto en gasas, agua oxigenada y mercromina pronto amenazará con desestabilizar nuestra economía familiar.

—Yo lo intento, mamá; pero es que las piernas se me enredan solas.

—Lo sé, mi amor —le susurró su madre con dulzura besándolo en la mejilla.

Al final, aconsejado por un recurrente esguince de tobillo, Pablo decidió emprender una nueva singladura por mares en los que primase el sosiego. De este modo descubrió un insólito placer escondido en la lectura. Le encantaba devorar las novelas de Julio Verne y Walter Scott. Con el tiempo su imaginación se volvió efervescente hasta tal punto, que su madre, alarmada por si acaso el desbordante caudal de fantasía pudiera tener efectos nocivos para la salud mental, le escondió durante una temporada los cómics de Marvel. Enseguida la inquieta mente de Pablo exploró nuevos horizontes, así que con tal de matar el tedio dieron comienzo los paseos siguiendo la margen del

Guadalaviar. A la orilla del río la naturaleza prendió en él una nueva llama que avivó en su interior la pasión por el senderismo, el cual practicaba a menudo por los Pinares de Rodeno. Le encantaba andar entre pinos, sabinas, arces y robles, hollar a modo de liturgia los verdes prados y grabar en sus retinas las profundas gargantas excavadas por los ríos. Un buen día la música se reveló ante Pablo como una amante a la que habría de rendir pleitesía. Así llegaron el solfeo y las clases de piano, su querencia por los pioneros del rock and roll y su pasión por el vinilo. Y todo esto conciliado con los estudios, apartado en el que se mostró intratable merced a unas calificaciones brillantes. Los años se mostraron furtivos y la adolescencia confirió a Pablo trazas de galán. Aun así, ni con su estrenada envoltura de seductor logró librarse del pudor que le impedía relacionarse con las chicas. Ni siquiera en la universidad, donde estudió Bellas Artes en el Campus de Teruel e impartió de forma altruista un taller de escritura al que asistieron tres muchachas cuyas melosas miradas lo empujaban a sonrojarse y a tartamudear como un poseo. Como no podía ser de otro modo, también se le daba bien dibujar, no en vano su cuaderno de dibujo se hallaba lleno de paisajes turolenses: representaciones de la Torre mudéjar de San Martín, imágenes de la Fuente del Torico, del mausoleo de los Amantes de Teruel, de la fachada de la Catedral de San María y más de media docena de bocetos del Acueducto de los Arcos visto desde distintas perspectivas. Una vez acabada la etapa universitaria, con el título bajo el brazo, al recordar retazos de infancia y adolescencia se le antojó que dichas memoranzas pertenecían a un mundo muy lejano. Era el momento de planificar el futuro, así que un viernes por la noche hizo un rápido balance de su situación frente al espejo del cuarto de baño.

—Reconócelo, eres un hombre atractivo —se dijo—. Tu currículum resulta impresionante, tus padres te tienen en los altares, más de uno mataría por estar en tu pellejo, y sin embargo a menudo tú te sientes infeliz. ¡Coño, Pablo; que no hay quien te entienda!... Anda, sal y diviértete con tus amigos. ¡Es una orden!

Por desgracia se olvidó ordenarse no mencionar nada que remotamente tuviera que ver con el arte. Sus amigos ya habían probado dicha medicina asociando el apasionamiento de Pablo con la obsesión propia de un neurótico con un solo tema de conversación.

—¿Qué sería de nosotros en un mundo sin artistas? —Esgrimió un par de horas después sentado en la terraza de la cafetería Isaviss, retomando su cruzada contra la zafiedad que a su juicio predominaba en una sociedad en decadencia.

Al escuchar la consabida frase, sus colegas de francachela se miraron entre sí y al unísono reprodujeron los síntomas de una reacción alérgica: picores en la nuca, bajada de ojos, resoplidos y desplome de hombros con evidente señal de cansancio. A pesar de las rotundas muestras de hartazgo Pablo no se dio por enterado, de modo que continuó con su perorata. Al poco la seriedad que reinaba en más de un rostro declaró sin tapujos ganas de estrangularlo. Por suerte para él sus amigos hicieron un esfuerzo ímprobo por controlar el instinto asesino que bullía en el interior de cada uno de ellos y escucharon impertérritos un soliloquio que provocó numerosos bostezos.

—... y para finalizar os diré que yo acostumbro a minimizar el mérito de los creadores ya que a mi entender son simples marionetas en manos de las musas. El artista se asemeja a un tosco instrumento a través de cual las nueve diosas griegas materializan en nuestro mundo pequeñas porciones del suyo. ¿Qué me decís al respecto?

—Que te repites más que el ajo —le espetó su amigo Enrique—. Anda, deja de dar la murga con el temita del arte y échate una novia que te quiera mucho, a ver si te espabila de una vez por todas.

—¿Acaso tienes algún problema con el arte? —Preguntó Pablo con gesto de sorpresa.

—El problema lo tenemos contigo. A ver si te entra en la cabeza que de vez en cuando resulta aconsejable activar la función de vivir en primera persona.

—Vale, lo entiendo —concedió Pablo—. Vosotros sois más de hablar de fútbol, por lo que deseo compensar a uno de vosotros por su caritativa paciencia. Tengo dos entradas para ver Tosca en el Teatro Marín, ¿quién se apunta? Tosca a la una, Tosca a las dos, Tosca a las...

La noche siguiente Pablo entró en el teatro con una entrada de sobra en el bolsillo del pantalón. Al término del segundo acto se sintió embargado por una melancolía que nada tenía que ver con la intensidad dramática del fragmento presenciado, en su opinión de lo mejor de Puccini, sino por sentirse algo parecido a una isla.

—En toda obra maestra existe un caudal de tristeza que se solaza entre lágrimas —le señaló la señora de avanzada edad sentada a su izquierda al advertir la languidez que presidía su rostro.

Pablo le dedicó una débil sonrisa y acto seguido abandonó su butaca y se dirigió al ambigú, a estirar las piernas durante el entreacto. Distraía la mirada cuando de repente vislumbró la figura de una Venus acodada en la barra. Las líneas dibujadas en aquel

rostro, unidas al equilibrio y a las exactas proporciones de su respectivo cuerpo, condujeron a Pablo a un éxtasis que le arrebató por completo el aliento. La anónima deidad charlaba con un par de amigas mientras sostenía una copa de vermut en la mano de delicados trazos. Tan sólo caricias de terciopelo podían brotar de aquellos finísimos dedos, pensó Pablo. La diosa apuró la copa y la depositó sobre la barra del bar con la misma suavidad con que una mariposa se posa sobre el pétalo de una rosa. Se disculpó ante sus íntimas y tomó rumbo al baño con un contoneo que merecía vítores, salva de aplausos y fuegos artificiales. ¡Mamma mía!, resopló Pablo recobrando la respiración mientras su corazón le martilleaba el pecho. Se acercó a la barra con paso trémulo y advirtió en la copa vacía la roja huella del lápiz de labios. Se hizo hueco a empujones hasta tener a su alcance la pieza de cristal tallado y, sin importarle lo más mínimo si su persona era objeto de miradas ajenas, tomó el recipiente y lo veneró igual que si se tratase de la reliquia de un santo. Posó sus labios sobre las marcas de carmín y entornó los párpados. De improviso, igual que si el vivo deseo de Pablo pudiera por sí solo obrar el milagro, se vio en mitad de una calle desierta abrazado a la nueva dueña de su existencia, unido a ella en un beso apasionado regado por la lluvia de un repentino aguacero. Cuando la pareja separó sus labios, en el pelo de ella quedó prendido un “te quiero”. Pablo abrió los ojos y salió del embeleso embriagado por el presentimiento de que al fin había hallado a la mujer de sus sueños. En ese instante la vio salir del baño. Sin poder explicar el porqué, se vio asaltado por un vértigo que le pellizcó la boca del estómago. La muchacha regresó junto a sus compañeras, se cruzó de brazos con gesto apático y profirió con voz de pato:

—Os vais a quedar de piedra cuando os diga a quién he visto en el baño. Me he tropezado con Anita la cerebrita, el ratón de biblioteca que en segundo de BUP le dio por llamarme pija. Pues, o sea, la muy ordinaria va vestida de mercadillo. O sea, patética. Detesto a la gente que no sabe combinar. Por cierto, es la primera y la última vez que vengo a ver una ópera. Ya os vale, tías, menudo tostón.

El trío *cool fashion* se marchó y Pablo se giró portando en su rostro el emblema del desencanto. Ante sus ojos, la idolatrada imagen de su diosa devino en una burda efigie cuarteada y herrumbrosa.

—Señor, ¿le sirvo algo? —La intervención del camarero lo libró de su abstracción.

—Una copa de vino, por favor.

Al momento Pablo tuvo ante sí un cáliz en el que poder ahogar su aflicción. Se llevó la copa a los labios y el trato atento del vino borró el acíbar del desamor transportándolo a un viñedo bañado por el sol. Anduvo entre caballones rozando pámpanas con las yemas de los dedos, aspirando la dulce fragancia que expelía el fértil terreno. Reconoció el paisaje, viñas de altura, uva garnacha y bobal, Esencia de Albarracín. El paseo imaginario fue un bálsamo que lo inundó de paz. De vuelta a la realidad Pablo fijó la vista en la copa y la apuntó con su dedo índice advirtiéndolo en tono amenazador:

—No se te ocurra pronunciar ni una sola palabra.

—Así se habla a una copa de vino —soltó la joven que acababa de situarse a su derecha.

—Es una historia larga de contar —respondió Pablo un tanto apurado.

—Me llamo Ana —la joven esbozó una sonrisa en la que Pablo vislumbró agua fresca.

—¿No serás Ana la cerebrita?...

—Hace años que nadie me llama así —en el entrecejo de la muchacha se dibujó un interrogante—. ¿Acaso nos conocemos?...

—Te confesaré un secreto: tengo poderes mentales.

—¿Por eso le hablas a las copas de vino? ¿Sabes que los manicomios están llenos de gente como tú?

—Sí, hace tiempo que los locos están fuera —la ocurrencia de Pablo consiguió que la sonrisa de Ana le iluminara de nuevo—. ¿Tienes hambre? En el asador La Bella Neda sirven un pulpo que quita el sentido.

—Pero la representación está a medias...

—Con el mayor de los respetos para Puccini, considero que en este preciso instante debemos anteponer la vida al arte.

Ana escudriñó la mirada de Pablo intentando averiguar el grado de honestidad de dicha proposición.

—Estoy de acuerdo —concedió tras un breve lapso que a Pablo se le antojó eterno.

—Así que eras un ratón de biblioteca... —bromeó Pablo según abandonaban el teatro.

—¿Cómo puedes saber eso? —Una mueca de asombro asaltó de nuevo el rostro de Ana.

—Ya te lo dije, poderes mentales.

Al acabar la función el público que abarrotaba el teatro Marín aplaudió a rabiar. La anciana miró el asiento vacío dejado por Pablo y suspiró antes de musitar:

—Pobre muchacho, no sabe lo que se ha perdido.